



## LOS HIJOS DEL REY EDUARDO

(AÑO DE 1483)

En todos tiempos ha habido hombres crueles y de sentimientos inhumanos, que, abusando del dominio que se les habia concedido sobre los pueblos, han sido esclavos de las pasiones más desenfrenadas y verdaderos tiranos que han horrorizado al mundo con sus violencias. Pero de este género de hombres se encuentran muchos más ejemplos en los tiempos antiguos, cuando la fuerza y el poder de las armas era la ley que generalmente se imponia contra todas las consideraciones de la razon y de la justicia, y cuando al poderoso le era muy fácil atropellar al débil y escarnecer á los que le estaban sometidos.

Eduardo VI, rey de Inglaterra, que gobernaba á aquella nacion en el último tercio del siglo xv, fué uno de esos monarcas cuyo recuerdo conserva la

historia como uno de aquellos hombres violentos, rencorosos é irascibles que asombraron al mundo con sus crueldades y sus injusticias. Era aficionado á toda clase de deleites, y tan desordenado en sus costumbres como puede serlo todo aquel que desprecia el freno de la razon y sólo escucha la voz de sus pasiones. Vivió casi siempre en guerra con los monarcas vecinos, gobernó á sus pueblos con la más opresora tiranía, y fué sobre todo rencoroso y vengativo contra todos los que imaginaba que pudieran rebelarse contra su despótica voluntad. Entre las crueldades que cometió, que fueron muchas, fué una la de condenar á muerte, sin motivo justo, á su propio hermano el duque de Clarence, á quien encerró en la torre de Lóndres y le hizo ahogar dentro de un tonel lleno

de vino; crimen horrible cuyas consecuencias debian recaer despues sobre la cabeza de sus inocentes hijos.

Murió este monarca, que reunia todos los vicios que puede abrigar el alma de un hombre, casi de repente, ántes de cumplir cuarenta y cinco años, dejando dos hijos de menor edad, el uno llamado Eduardo, que sólo tenia trece años y que heredaba su corona, y el otro Ricardo, que tenia cuatro años ménos. Los dos hermanos se amaban entrañablemente y eran de condicion suave y afectuosa, bien al contrario de su padre. Al morir éste quedaron al cuidado de su madre y bajo la tutela de su tio Ricardo, duque de Glowcester, hermano del difunto rey. Era este hombre ambicioso y de perversos sentimientos, pero hipócrita y taimado, que encubria los más odiosos vicios bajo una capa de fingida virtud. Con su astucia y su simulada mansedumbre comenzó Ricardo por ganarse la voluntad de la reina viuda, madre de los príncipes, aparentando la más noble adhesion hácia los inocentes hijos de su hermano el difunto rey, al mismo tiempo que de una manera encubierta fomentaba las disensiones y rebeldías de los nobles del reino. Consiguió á fuerza de intrigas encargarse de la guardia y custodia del niño Eduardo, que habia de ser rey cuando llegase á tener edad para ello, usurpando aquellas funciones al conde Rivers, hermano de la reina, á quien acusó de traidor y le encerró en una prision. Dado este primer paso, y para realizar el proyecto más abominable que jamas haya concebido un hombre sin entrañas, intrigó despues para que se le entregara tambien el cuidado del otro príncipe Ricardo, á pretexto de que los dos ni-

ños estarian mucho más contentos viviendo juntos, puesto que se amaban entrañablemente.

La reina viuda, que tenia en su compañía á su hijo más pequeño y vivia con él en la abadía de Westminster, no queria de ninguna manera separarse de él, previendo con aquel delicado instinto de un corazon de madre que algun grave riesgo amenazaba á su querido niño. Pero fueron tantas las instancias del duque Ricardo y las protestas de adhesion que hizo, y tan reiterados los ruegos que para que accediera á ello le hicieron otras personas respetables, que al fin con gran repugnancia hizo aquel sacrificio que tanto costaba á su corazon. Con lágrimas en los ojos se despidió de su querido niño, abrazándole con tierna efusion, y lo dejó partir, tranquila en cierto modo, puesto que lo entregaba al cuidado de su tio y para que fuera á hacer compañía á su hermanito que estaba en Lóndres. ¿Cómo habia de sospechar la amorosa madre que entregaba sus hijos á su verdugo y que no habia de verlos más.

Grandes fueron el regocijo y el placer de los dos hermanitos cuando se vieron juntos bajo un mismo techo en el palacio de Lóndres, y mucho agradecieron á su tio el que les proporcionara esta satisfaccion. Pero ¡ay! poco tiempo debia durarles la alegría. Desde el hermoso palacio en que habitaban los hizo trasladar el astuto Ricardo á la sombría y tétrica torre de Lóndres, pretextando que en aquel edificio lóbrego y triste estaban más seguros y mejor guardados, á cubierto de toda tentativa y libres de todo riesgo. La alegría de los pobres niños empezó á desvanecerse cuando se vieron encer-

rados entre aquellos muros espesos, en donde la luz penetraba con miedo.

Razon tenian para atemorizarse: el traidor Ricardo habia comenzado por esparcir entre el vulgo, valiéndose de agentes malvados, el calumnioso rumor de que los príncipes eran ilegítimos. Prosiguió despues su obra, ya que se habia hecho nombrar protector del reino y de los príncipes, entablado una obstinada persecucion contra todos aquellos grandes del reino que sabia eran más afectos á la familia real: á muchos hizo encarcelar, confiscándoles sus bienes, á otros los hizo condenar á muerte y decapitarlos, entre ellos al conde de Rivers, tio de los niños por parte de madre, y por último, al generoso y noble lord Hastings, á quien acusó de traidor y hechicero, diciendo que por medio de sus sortilegios habia hecho que se le secara un brazo, que efectivamente lo tenia seco, como el corazon, desde su nacimiento.

No contento con esto, iba dejando para más adelante, bajo pretextos frívolos, el celebrar la coronacion del niño Eduardo, y proseguia su sistema de difamacion contra la reina y contra la legitimidad de los príncipes. No perdonó ningun medio para sembrar tales calumnias, llegando hasta pagar á un predicador que en la catedral de San Pablo procuró desde el púlpito persuadir al pueblo de que el niño Eduardo era indigno de ceñir la corona real, y que ésta pertenecia de derecho al astuto Glowcester, que tenia condiciones para ser el mejor rey que hubiera conocido Inglaterra. Gracias á las intrigas de sus secuaces, entre los cuales los más principales eran el duque de Buckingham y el lord corregidor de Lóndres, consiguió que una

turba del populacho, pagada para esto, recorriera las calles de Lóndres aclamándole rey con el nombre de Ricardo III, lo cual sirvió de motivo para que el corregidor y aquellos de sus partidarios más resueltos fueran á buscarle á donde estaba y á ofrecerle la corona á nombre del municipio de Lóndres,

Con hipócrita humildad rechazó Ricardo al principio estas ofertas, pero vencido al fin por la insistencia con que le rogaban sus amigos á nombre del pueblo, dió á entender que se resignaba con notable repugnancia, y aceptó una corona que robaba á su sobrino Eduardo.

Apénas proclamado rey, con verdadero asombro de las gentes de rectitud y buenos sentimientos, pensó que necesitaba asegurar su criminal usurpacion haciendo desaparecer á los inocentes príncipes, cuyo derecho tarde ó temprano habia de prevalecer. Al efecto, trató de corromper al gobernador de la Torre de Lóndres, donde estaban encerrados los candorosos niños, llamado Brackembury, para persuadirle á que diera muerte á Eduardo y Ricardo. El noble gobernador, que era de generosos sentimientos, rechazó indignado tal proposicion, y contestó que nunca mancharia sus manos sangre inocente.

Entónces el usurpador buscó á un miserable, llamado sir James Tyrrel, que aceptó el odioso encargo de asesinar á los príncipes, y para ejecutarlo se asoció á tres asesinos de la clase más abyecta. El gobernador de la torre recibió orden de entregar las llaves al infame Tyrrel, y éste penetró de noche en la fortaleza, acompañado de sus tres cómplices.



Los pobres niños cuya muerte se tramaba de una manera tan inicua, vivían encerrados en una misma habitación y continuamente sobresaltados entre aquellas sombrías murallas, oyendo á la parte de afuera el ruido de las armas de los centinelas y el griterío del populacho que pasaba por debajo de sus ventanas aclamando rey al traidor Ricardo. Acordábanse de su madre, y en todas sus oraciones rogaban á Dios que los reuniera con ella, creyendo que entre sus brazos estarían á cubierto de todo riesgo.

Aquella noche había sido grande su terror oyendo en la torre mayor más ruido de armas que nunca, el paso de los centinelas que se renovaban y el rechinar de los cerrojos que se corrían, mezclado con el murmullo de conversaciones misteriosas. Hicieron juntos sus oraciones delante de un crucifijo,

y llenos de temor y espanto se acostaron estrechamente abrazados. Con sigiloso paso entraron á media noche los tres asesinos y los encontraron durmiendo.

Sin que su inocente sueño les moviera á piedad, aquellos tres miserables acercáronse á la cama, y con las mismas almohadas y la ropa que les cubría, los ahogaron en el lecho. Aquellos inocentes niños, que se habían dormido pensando en su madre, fueron á despertar en el cielo delante del trono de Dios, que debió acogerlos con una sonrisa de inefable bondad.

Sus cuerpos fueron arrastrados fuera de la habitación y presentados al infame Tyrrel, que mandó abrir un profundo hoyo al pie de la escalera, y allí los hizo enterrar, cubriendo después la sepultura con un montón de piedras. Pasados pocos años, aquel miserable

asesino expió su delito en el patíbulo.

Por lo que hace al rey Ricardo, no disfrutó más que dos años el fruto de su espantoso crimen. El duque de Richmond, casado con la princesa Isabel, hermana de los pobres niños tan bárbaramente asesinados, levantó un ejército contra el usurpador Ricardo, que se había hecho odioso á toda la nación

por sus crueldades y tiranías. Dióse una terrible batalla, en la cual fueron vencidas las tropas de Ricardo, y éste pereció en lo más reñido de la pelea, expiando sus horribles iniquidades; que nunca consiente Dios que las maldades del hombre perverso queden impunes y no reciban un ejemplar castigo.

PEDRO DOMINGO MONTES.

## NOCIONES DE ASTRONOMÍA

### AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

(Continuacion)

#### LECCION QUINTA

##### LOS ECLIPSES

Ya que teneis, mis queridos niños, una nocion de los tres astros más importantes para nosotros, voy á explicaros hoy cierto fenómeno que resulta de sus respectivas posiciones, y que muchos conoceréis, aunque sólo sea de nombre: los *eclipses*.

Os dije en la leccion anterior que la primera fase de la Luna, ó sea la llamada *novilunio*, tenia lugar cuando nuestro satélite se encontraba entre el Sol y la Tierra, en cuyo caso, iluminándola aquel astro por su mitad oculta á nosotros, no la veíamos. El Sol, sin embargo, no está casi nunca rigurosamente detras de la Luna, sino más ó ménos bajo que ella, con relacion á la Tierra; esto es, que los tres astros se hallan rara vez en una misma línea recta; pero las pocas veces

que esto sucede, la Luna, como cuerpo opaco que es, nos priva de toda ó parte de la vista del Sol, á la manera que una pantalla colocada delante de una lámpara encendida no deja llegar á nuestros ojos la luz.

Pues bien: cuando esto sucede, se dice que hay *eclipse de Sol*; y se llama *total*, si la Luna nos le oculta por completo; *anular*, cuando nuestro satélite aparece á nuestros ojos como en el centro del disco solar, permitiéndonos ver á modo de un anillo luminoso, y *parcial* cuando sólo nos oculta una parte.

Os dije tambien que en el plenilunio, la Tierra se hallaba entre el Sol y la Luna, pero raras veces tambien están los tres astros en una misma línea recta, y cuando llegan á colocarse así, la Tierra produce sombra sobre la Luna, privándola, por consiguiente, de la luz solar y haciéndola sufrir un eclipse de

Sol, que para nosotros es de Luna, y el cual puede tambien ser total ó parcial.

Un ejemplo os dará idea de lo que es un eclipse, si aún no lo habeis comprendido. Colocad una bola, pelota ó naranja á la luz de una bujía, y observareis que la mitad de la bola está en oscuridad, y que ademas produce su sombra sobre el pavimento ó la pared del cuarto, segun la hayais colocado. Si en esta sombra colocais otra bola, vereis que no la ilumina la luz de la bujía, sino la que la reflejan el techo, las paredes ó los demas objetos del cuarto; de modo que si no hubiera esta reflexion, no se la veria.

Haced ahora que esta segunda bola salga un poco de la sombra, aunque no por completo; es decir, que la primera permita que lleguen á la otra algunos rayos de luz, y tendreis parte de su superficie iluminada y parte en sombra, y si seguís moviendo despacio la segunda bola, vereis cómo va corriendo la sombra de la primera por su superficie, hasta salir de ella y quedar por completo iluminada.

Haciendo ahora la aplicacion, considerad que la bujía es el Sol, la primera bola la Luna y la segunda la Tierra, y os formareis idea de lo que es un eclipse de Sol.

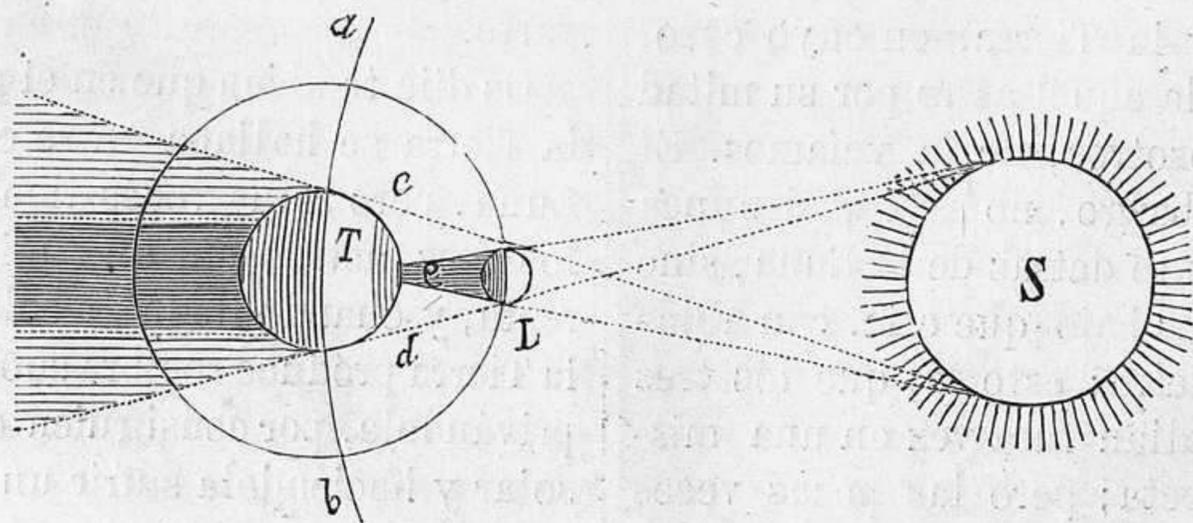
Cambiad ahora los nombres á las

dos últimas bolas; es decir, la que ántes llamábais Tierra, llamadla ahora Luna, y al contrario, y tendreis verificado el eclipse de Luna.

La causa de no haber eclipse siempre que la Luna pasa entre el Sol y la Tierra, ó cuando esta se halla entre el Sol y su satélite, consiste en que el plano en que gira la Luna alrededor de nuestro globo oscila, y no es siempre aquel en cuya prolongacion está el Sol, y de aquí el que los eclipses sean tan varios en el número y duracion, si bien no puede haber ménos de dos por año, ni más de siete, y en el caso de haber sólo dos, estos son de Luna.

Tal vez os acometa la duda de cómo puede ocultar la Luna al Sol, siendo este mucho mayor que aquella, pero desaparecerá si considerais que está mucho más cerca de nosotros. Menor es una nube, y tapa, no sólo el Sol, sino gran parte del firmamento. Otras veces, sin embargo, y por efecto de las posiciones relativas de los tres astros, la Luna aparece de menor magnitud que el Sol, y no pudiendo cubrirle por completo, deja alrededor de sí un anillo luminoso, produciéndose el eclipse anular de que ya os he hablado.

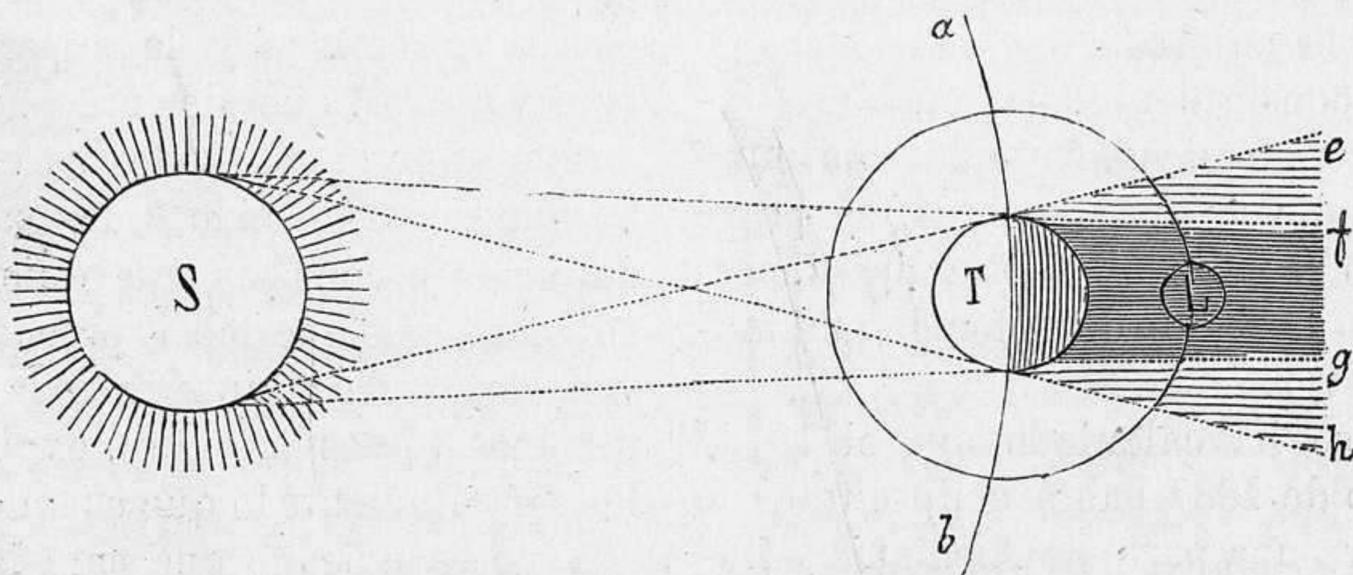
Creo que habeis comprendido lo que es un eclipse, y por lo tanto vamos á considerar ahora el eclipse de Sol.



En la figura representamos al Sol por el círculo dentro del cual está la letra *S.*, á la Tierra por *T.*, siendo *a b* un trozo de su órbita ó camino que recorre alrededor del Sol, y *L.* es la Luna, colocada, como ántes dije, entre el Sol y nuestro globo. Las líneas de puntos marcan la direccion de los rayos del Sol, y por ellas veis que en el espacio *c d* quedan interceptados por la Luna estos rayos solares, produciéndose un eclipse parcial, puesto que no dejan de verse todos los rayos, para unos puntos, pero total para el centro *e*, donde no se ve nada del Sol. Como ántes os he dicho, moviéndose la Luna, muévase tambien su sombra sobre la superficie terrestre, pero como no pasa esta sombra por todos los puntos de la Tierra, no todos sus habitantes ven el eclipse de Sol, y aún de los que le ven, no para todos es total.

Y esto lo comprendereis mejor con otro ejemplo. Si observais el campo en uno de esos dias en que pequeñas nubes vagan por el cielo empujadas por el viento, vereis que, al pasar alguna de ellas por la línea recta que de vosotros va al Sol, os intercepta su luz y quedais en sombra, al paso que veis el resto de la campiña iluminada por la luz solar, salvo en los puntos en que otras nubes la ocultan. Sigue moviéndose la nube, y veis cómo su sombra se mueve tambien sobre el suelo, os abandona, y va á cubrir á otro observador colocado en otro punto. Pues esto es lo que pasa en los eclipses de Sol, si considerais á la Luna en vez de la nube.

No así en el eclipse de Luna, que es visto de todos los que tienen dicho astro sobre su horizonte y en el mismo tiempo, propiedad que distingue esencialmente á ambos eclipses.



Si, como ántes, representamos por *S.* al Sol, por *T.* á la Tierra y por *L.* á la Luna, observareis que, segun indican las líneas de puntos que marcan tambien aquí la direccion de los rayos solares, la Tierra arroja detras de sí su sombra, que es absoluta en la parte *f g.*, y no completa en la que dejan entre sí las líneas *c e*, *c f*, *d g*, y *d h*,

en las que, si bien no llegan todos los rayos del Sol, llegan algunos, como podeis ver observando la figura, lo cual se llama *penumbra*, que quiere decir *casi sombra*.

Ahora bien: en cuanto la Luna entra en la línea *c e*, suponiendo que se mueve de arriba abajo, se hallará alumbrada débilmente, y por eso se ve

su luz algo oscurecida, ó como á través de una niebla, ántes de empezar el eclipse, y despues de terminado. Al pasar por la línea *c f*, entra en la sombra, la cual se ve avanzar por su superficie, hasta invadirla por completo, si el eclipse es total, en cuyo caso no se la pierde del todo de vista, sino que se percibe su disco débilmente iluminado por la refraccion de los rayos solares.

De lo dicho se desprende que lo que para la Tierra es eclipse de Sol, es para la Luna de Tierra, y el eclipse que nosotros llamamos de Luna, le llamarán los habitantes de nuestro satélite, si los hay, de Sol.

Estos fenómenos tienen la particularidad admirable de repetirse casi del mismo modo al cabo de un período de diez y ocho años y diez dias, período conocido de los antiguos, llamado por los griegos *Ciclo de Meton*, y del cual se sirven tambien los chinos para predecir sus eclipses.

Por consiguiente, por medio de tablas astronómicas, fruto del continuado estudio de los hombres, se prevé cuándo se verificarán los eclipses, precisando la hora y duracion de una manera matemática.

Así se ha calculado que el 19 de Agosto de 1887 habrá eclipse total de Sol para una parte de Alemania y Rusia y el Asia Central; el 9 del mismo mes del año 1896 habrá otro de igual clase, visible en la Siberia, Laponia y Groenlandia, y, por último, en 28 de Mayo de 1900 podrán ver, los que entonces vivan en los Estados-Unidos, España, Argelia y Egipto, que la Luna les oculta por completo el disco del Sol.

Y no sólo á un magnífico espectáculo

se prestan los eclipses de Sol, sino que en ellos se estudian diversas particularidades, referentes á los astros que producen dicho fenómeno, no siendo la menor la relativa á las manchas y protuberancias solares.

Esto os enseñará que el hombre aplicado y estudioso halla en todo motivo para profundizar en la ciencia, aun en aquellas cosas que para otros muchos, si no pasan desapercibidas, sirven solamente de pasatiempo, y que así no debe nunca desperdiciarse ocasion alguna en que pueda avanzarse en el estudio, ni mirar ningun objeto solamente con los ojos materiales, sin profundizar su esencia y las consecuencias á que un atento exámen puede conducirnos.

Ya habeis visto qué causa tan natural es la que produce los eclipses, y habeis tambien oido muchas veces cuánto temor en el vulgo suele acompañar á estos fenómenos, producido por la ignorancia y la supersticion; pero vosotros, queridos niños, instruidos ya sobre la causa de los eclipses, no sólo no dareis oido á las patrañas, augurios y consejas que quieran inculcaros, sino que debeis procurar desvanecerlas de la inteligencia de las personas que os las digan, explicándolas sencillamente lo que es un eclipse.

Y no es extraño que para la gente ignorante haya una causa de admiracion y temor en un eclipse, fenómeno para ellos inexplicable.

La luz del dia pierde de pronto su fuerza, se debilita, disminuye, desaparece sin que las nubes sean las que cubran el Sol; percíbese el fulgor de las estrellas; los pájaros se acurrucan en sus nidos; los animales tiemblan; la naturaleza entera se consterna.

Por corto que sea el tiempo que esto dure, no deja de producir en el ánimo un indefinible sentimiento que eleva el alma y nos hace meditar en la grandeza de Dios.

La historia se encuentra llena de episodios que demuestran los temores causados por los eclipses, de los que también los hombres superiores han sacado á veces partido para atemorizar al pueblo y conducirlo según sus deseos.

Por último, en China se verifican curiosas ceremonias cuando acaece uno de estos fenómenos, que no os describo

por no alargar demasiado este artículo.

Todo lo cual indica que, acostumbrados como estamos al orden admirable de la naturaleza, todo aquello que parece trastorno nos conmueve; y he dicho *lo que parece*, porque los eclipses no son trastornos, pues sus causas son naturales y sencillas, y se sujetan á leyes que se repiten periódicamente.

Entran, pues, en el orden admirable del universo, forman parte del concierto armónico que su Creador dirige, y son, en cuanto á nosotros toca, una enseñanza provechosa y un magnífico espectáculo.

ENRIQUE MARÍA REPULLÉS.

## LA NIÑA DE IBINAGA

### EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL

(Conclusion)

#### V

Había amanecido ya.

Toda la fuerza de *chapelgorris*, en traje de marcha, formaba, en una explanada pequeña, el cuadro fatal, dentro del que había de ser ejecutado Pedro algunos minutos más tarde; y aunque aquel imponente aparato oprimió el pecho de la desconsolada Marina, y aunque vacilaron sus rodillas y faltó poco para que cayese desplomada, no se arredró ni se detuvo.

Con los brazos extendidos, llorosos los ojos, entreabierta la seca boca, y descompuesta la cabellera, llegaba, á la sazón que su hermano, rodeado de

gente armada y acompañado de un venerable sacerdote, iba á entrar en el cuadro.

El valeroso joven llevaba vendado un brazo, que suspendía un pañuelo de color.

Al verle, un grito desgarrador se escapó del seno de aquella tiernísima hermana; y Pedro, que hasta entonces marchaba con paso firme y rostro sereno, escuchando las piadosas exhortaciones de su confesor, alzó la mirada, apartándola de la santa imagen que contritamente llevaba estrechada entre sus manos.

Al descubrir á la afligida niña,

exhaló una exclamacion, que era una inmensidad de cariño; y, palideciendo por primera vez, dos lágrimas asomaron á sus ojos.

¡Cuántas cosas decian aquellas dos lágrimas surcando el rostro de un mancebo que iba á morir cuando apenas contaba veintiun años!

Marina intentó salvar las hileras de soldados para arrojarse en brazos de Pedro.

Mas una mano ruda la obligó á retirarse.

Entónces fijó su vista en el jóven capitan que mandaba el piquete que conducia á su hermano al suplicio, y un rayo de esperanza se reflejó en su semblante.

—¡Señor! gritó corriendo hácia él con los brazos extendidos.

Y arrojándose á sus piés, le abrazó las piernas, derramando un mar de lágrimas.

Quedó sorprendido un instante el capitan; mas luego preguntó entre conmovido y confuso:

—¿Qué pretendes de mí, pobre niña?

—¡Reconocedme, por Dios! exclamó Marina con la expresion más insinuante.

Entónces la miró con atencion el militar, y palideció á su vez, y se contrajo violentamente su rostro.

Habia reconocido á su salvadora enfermera, y comprendió cuanto en aquella ocasion sucedia.

—¿Qué quieres? la interrogó, sin embargo, con agitacion; habla, dí... ¡pronto!...

—¡Salvadle... que es mi hermano...

—¡Gran Dios! murmuró el capitan temblando.

Mas no tardó en tomar una resolucion.

Y dirigiéndose al benemérito brigadier guipuzcoano D. Gaspar Jáuregui, que mandaba aquella *columna*, y que, seguido de su estado mayor, llegaba en aquel momento al cuadro para presenciar la ejecucion y partir de seguida de aquellos sitios, se acercó á él y le habló así con voz entrecortada:

—Mi brigadier: V. S. me dispensó ayer en el campo de batalla la honra de poner sobre mis hombros estas dos charreteras.

—Cierto, respondió el brigadier.

—Pues bien: os suplico, en primer lugar, que deis orden para que se suspenda un instante esa ejecucion.

Pedro estaba ya dentro del cuadro y se destacaban los ocho soldados que habian de arrancarle la existencia.

Jáuregui hizo una señal, y la ejecucion se suspendió.

¡Qué angustia la de Pedro!

¡Qué angustia la de Marina!

El capitan prosiguió de este modo:

—Ese reo, cuando aún estaba él en su caserío, me salvó la vida, guiado por sus instintos caritativos; en su casa es donde me cuidaron como sabeis... Les debo la vida... les amo profundamente; tengo jurado velar por él...

—¿Y bien? preguntó el brigadier con calma.

—Arrancadme estas charreteras, fusiladme, si quereis, en su lugar; pero indultadle, mi brigadier, dijo con vehemencia el jóven militar.

Arrugóse el entrecejo del aguerrido jefe, y guardó silencio durante algunos segundos. Mas habló luego, y dijo:

—Sé que todos tus compañeros están disgustados porque no fuí ayer bastante justo, ya que no generoso, contigo, pues tu comportamiento merecia mucho más que lo que te concedí. Te

otorgo, pues, el indulto que me pides, y en la orden del día se explicará *el por qué*.

—Gracias, mi brigadier, fué la contestacion del capitán, cuyos ojos se arrasaron de lágrimas.

¿Quién sería capaz de describir la loca alegría, el gozo sin límites que embargó á los tres personajes que nos ocupan cuando se les hizo saber á Marina y Pedro que se había obtenido el perdón?

Unidos en estrecho abrazo lloraban los tres, no obstante, porque la alegría tiene también sus lágrimas.

Pedro había sido indultado, y el *chapelgorri* había devuelto bien por bien.

## VI

El día 31 de Agosto de 1839 tuvo lugar uno de los sucesos más faustos que registra la historia de España.

En los campos de Vergara se afirmaba la deseada paz, y se daba fin y término á la más terrible de las luchas fratricidas.

Entre los regimientos carlistas que allí se hallaron presentes, contábase uno de los más distinguidos; y á la cabeza de la primera compañía de granaderos formaba un capitán de arrogante aspecto é intrépido continente.

Aquel capitán era Pedro.

De las filas del ejército liberal salió otro joven de gentil y elegante apostura, en cuyas boca-margas lucían los galones de teniente coronel.

Ambos valientes se abrazaron con efusión.

Ocho días después, tanto el uno co-

mo el otro eran simples paisanos: que ambos, tras de servir heroicamente á la causa que creyeron justa, renunciaron al premio que sus merecimientos alcanzaran.

Y cuando había pasado apenas un mes, salía del hogar paterno D. Martín de Iturza con el sensato fin de girar una visita á todas las fincas pertenecientes á su padre, rico mayorazgo y vecino de San Sebastián.

Entre ellas se contaba la casería de Ibinaga, de la que le era desconocido hasta el nombre, por haber sido aquel joven educado desde niño en varios colegios de Francia, alejado de su familia.

Mas cuando, conducido por un guía ó peatón, se acercó á aquella tranquila morada, sintió una emoción profunda; y cuando entró en las habitaciones estrechando en sus brazos con cariño á aquellos honrados colonos, se sentía trasportado por la felicidad.

D. Martín de Iturza era el *chapelgorri* herido.

Aquel hombre no olvidaba los beneficios que recibió de los que, siendo enemigos, se condujeron como honrados y amigos.

Y aunque él había devuelto á Pedro vida por vida, quiso hacer su esposa de la bella y gentil Marina, y compartir sus bienes con ella; y hé ahí cómo la niña de Ibinaga, la pobre caserita, es hoy una de las damas principales y más respetadas de San Sebastián.

Porque habeis de saber, hijos míos, que los nobles sentimientos y las buenas acciones obtienen su galardón en esta y en la otra vida.

PÉREZ DE LIÉBANA.



## JESUS Y LOS NIÑOS



Dulce como el albor que el cielo dora  
 Cuando serena tras de noche umbría  
 Viene á verter la rubicunda aurora  
 Consuelo y alegría,

De JESUS el purísimo semblante  
 Con auréola celestial brillaba,  
 Mientras su voz la turba circunstante  
 Venturosa escuchaba.

Aquel Señor, cuyo inefable acento,  
 Bálsamo del mortal en su amargura,  
 Embelesaba al adormido viento  
 Por su etérea dulzura,

Con sublimes parábolas hablando,  
 Que atesoraban ciencia peregrina,  
 Estaba ante la turba predicando  
 Su ley de amor divina.

Y ya, desvaneciendo su ignorancia,  
 Narrado habia, viendo su deseo,  
 La fe del publicano y la arrogancia  
 Del vano fariseo,

Cuando unas madres, con piedad sincera,  
 Sus inocentes niños le mostraron,  
 Y que en ellos sus manos impusiera  
 Tiernas le demandaron.

Entónces los discípulos, que rudos  
 Aún eran é imperfectos, al mirarlas,  
 Duros quisieron, de bondad desnudos,  
 De su lado alejarlas.

Pero CRISTO, amador de la inocencia,  
 Fuente de inagotable mansedumbre,  
 Reprendiendo su bárbara inclemencia,  
 Dijo á la muchedumbre:

«Dejad que á mí los niños se aproximen;  
 »No duros lo vedeis con celo tanto,  
 »Pues á las almas que cual éstas gimen,  
 »Da Dios su reino santo.

»Y yo os digo en verdad, que quien, cual ellos,  
 »No lo reciba en alma inmaculada,  
 »No verá de su gloria los destellos,  
 »Ni entrará en su morada.»

Y llamando á los tímidos infantes,  
 Que su excelsa palabra oyen ufanos,  
 Pone en ellos JESUS, vivificantes,  
 Las bienhechoras manos.

¡Sublime bendicion, la más dichosa!  
 Tú nos enseñas con divino ejemplo  
 Que es en el mundo la niñez hermosa  
 De la inocencia templo.

Y que es para el Señor de tal belleza,  
 Que solos lograrán corona y palma  
 Los que imiten su cándida pureza  
 En corazon y en alma.

¡Oh tiernos niños, delicadas flores  
 Que embelleceis el valle de la vida  
 Con vuestro cáliz, rico de primores,  
 Do la pureza anida!

Nunca olvideis que CRISTO amó clemente  
 La santa sencillez que os avalora,  
 Y que os dió con su diestra omnipotente  
 Bendicion salvadora.

Y por la justa gloria de su nombre,  
 Venciendo en la pureza al limpio armiño,  
 Guardad sin manchas, en la edad del hombre,  
 La inocencia del niño.

ANTONIO ARNAO.





«Dejad que á mí los niños se aproximen..»

# GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

## SEGUNDA PARTE

(Continuacion)

### XXVI

#### NUEVOS ÁNGULOS

Hoy vais á conocer, queridos niños, una cosa nueva: ángulos que no están formados por líneas. Que de esto debia hablaros hoy lo sabíais desde el artículo anterior al que á este ha precedido, y desde este último tambien.

¿Qué formará los nuevos ángulos?

Seguramente os haceis esta pregunta; y como yo no debo dejaros en la ignorancia sobre cuestion que á la geometría corresponda, voy en seguida á deciros... ¡Sí; vosotros lo adivinareis!

Los nuevos ángulos que venís á conocer en este articulito, están formados por planos.

—¡Ángulos formados por planos!

—Sí; exactamente lo mismo que si estuvieran formados por rectas. Una sola diferencia hay, y consiste esta en que los ángulos que ya conoceis sólo pueden estar formados por dos líneas, mientras que los nuevos podrán estarlo por dos ó más planos.

—¡Qué singular es el estudio de la geometría!

—Muy singular y muy bello: seguramente vosotros, mis queridos y pequeños lectores, habeis de ver más de una vez en el curso de vuestra vida las ventajas que su conocimiento os ha de reportar.

Pero me distraigo; debo llevaros al

jardin de Rafael, donde los pequeños geómetras esperan la llegada de su amado profesor.

Todos están reunidos; ni uno solo falta: todos tienen gran empeño en aprender la geometría para hacer un buen papel en esta asignatura en los exámenes de su colegio. Amistosamente parecen conversar; pero no, una polémica tienen entablada entre sí los niños.

¿Qué será?

Vosotros vais á oírlos: Rafael parece ir en contra de sus compañeros. Muchos pelean contra uno, y será difícil que el que solo se encuentra pueda alcanzar la victoria. Sin embargo, veamos.

—Nada, nada, dice Luisito; no hay duda que los nuevos ángulos de que Carlos nos ha de hablar, estarán formados por algunas líneas que todavía no conocemos.

—Seguramente, repite Estéban; ¿qué otra cosa podria formarlos?

—¿Y qué sabestú, dice á su vez Teodoro, si los planos ú otra cosa podrán constituirlos?

—¡Los planos! dicen á coro los niños.

—Declaremos á Teodoro inventor de una cosa nunca vista, exclama uno.

—Inventor de los ángulos planis... ¿cómo les llamaremos?

—Ángulos de Teodoro, gran geómetra y descubridor de cosas desconocidas.

—¡Viva el geómetra! decían los niños á la vez, sin que Rafael, que les queria hacer comprender su poco conocimiento en la materia para poder juzgar, se hiciese entender de sus compañeros.

—Declaremos á Teodoro profesor, decia Estéban.

—¡Sí, sí; que sea profesor de geometría!

El tumulto crecia, y parecia tomar proporciones gigantescas; no obstante, los ánimos parecieron calmarse, dando lugar á que Rafael hablase. Sus palabras fueron estas:

—Nada hay, compañeros, más atrevido que la ignorancia; y vosotros estais dando una prueba de ello.

—No, no, dijeron los niños; nos reimos de que Teodoro quiera enseñarnos.

—Teodoro no quiere enseñaros; por más que esta vez haya dicho una cosa completamente cierta.

—¿Será posible que los ángulos que tenemos que conocer estén formados por planos?

—Sí; por planos, como mi querido amigo Teodoro ha dicho. Yo puedo decíroslo porque Carlos me ha explicado ya esta leccion; y pues habeis ofendido á vuestro compañero, debeis darle un abrazo en prueba de reconciliacion.

—¡Sí, un abrazo á todos!

Así exclamaron los niños arrojándose á la vez al cuello de su amigo: si éste no hubiese estado prevenido, tantos apretones hubieran dado con él en tierra.

La reconciliacion era verdadera; y los niños seguian al pié de la letra el conocido dicho, *como te quiero te aprieto*.

—¡Que me ahogais! decia Teodoro

no tengais tanta prisa por abrazarme.

Por fin pudo quedar libre de sus camaradas, saliendo de la refriega más colorado que una amapola y con tres botones ménos de su chaleco. Esta prenda habia sido sin duda el punto de apoyo de las manos de los geómetras.

Los niños siguieron conversando sobre los nuevos ángulos; Rafael podia darles algunas noticias. Como Carlitos se tardaba y los niños parecian creer ya que faltaria aquella tarde, suplicaron á Rafael les explicase lo que él supiera de los ángulos nuevos.

El buen Rafaelito no queria acceder; pero tales fueron las instancias de sus camaradas, que al fin se decidió á decirles algo sobre el particular. Rafael era, pues, catedrático auxiliar de la de Geometría.

—Empieza, decia Luisito; de otro modo, va á terminar la tarde sin que hayamos hecho nada.

—Voy enseguida: primero debo deciros que dos ó más planos forman ángulos si se encuentran. Si son dos, el ángulo se llama *diedro*.

—¡Qué nombre más feo! exclamó Gonzalito.

—No interrumpas al señor profesor, dijo Ricardo; si nó, no va á querer seguir su explicacion.

—Pues, sí, queridos niños, dos planos forman un diedro, y en esta clase de ángulos no hay vértices. El punto en que se encuentran los planos se llama *arista*, tomando aquellos el nombre de caras. Angulo diedro es la mayor ó menor inclinacion de dos planos que se encuentran; lo mismo que el ángulo que ya conoceis, está formado por dos líneas que se cortan.

—Enséñanos uno, Rafael, exclamó Estéban; es necesario que nos mues-

tres ejemplares de las cosas que expliqués.

—Con mucho gusto lo haría, pero no tengo tablas ni nada para el efecto. Debeis resignaros por esta vez: cuando Carlitos venga, él traerá lo necesario para presentaros lo que yo me veo imposibilitado de hacer.

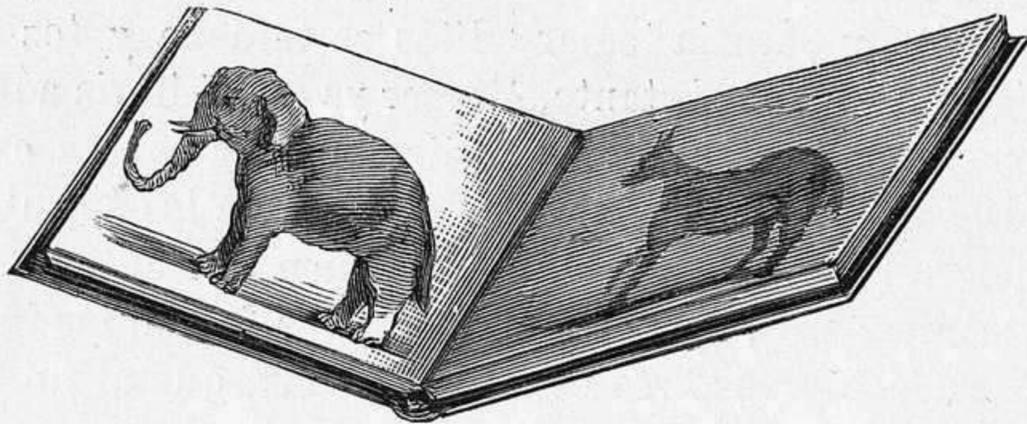
Seguramente, los niños no hubiesen

visto aquella tarde el ángulo diedro, si Teodoro no les hubiese presentado uno.

—Ved aquí, dijo á sus compañeros, un ángulo diedro.

Y el buen niño sacó de su bolsillo un pequeño libro de historia natural, y abriéndolo lo mostró á Rafael.

—¿No es verdad, dijo á este último, que esto es un ángulo diedro?



—Sí, Teodoro, tú has sabido comprender esto perfectamente; el libro á medio abrir presenta un ángulo, que será tanto mayor cuanto más se abra, y tanto menor cuanto más se cierre.

Podía decirnos, continuó Rafael, muchas cosas de estos ángulos que tratamos; pero las sabéis ya desde el principio de las lecciones de Carlos. Vosotros comprendereis que hay ángulos diedros que son rectos, otros que son agudos, otros obtusos. También comprendereis fácilmente cuándo dos ángulos de estos que hoy tratamos serán

opuestos por la arista, y cuándo adyacentes; no teneis para ello más que recordar los ángulos formados por líneas. Para concluir con ellos, os diré que un ángulo diedro se mide por su mayor ó menor abertura; es decir, por la mayor ó menor inclinacion que tengan entre sí los planos que le forman.

De este modo terminó Rafael su explicacion, que dejó satisfechos á todos los niños; indudablemente el íntimo amigo de Carlitos tenía tan buenas disposiciones para profesor como este último.

E. THULLIER.

## JEROGLÍFICO

